

ICONOGRAFIA:

Un retrato de Sánchez de Tagle, hecho á lápiz por José María Pérez, existe en poder de su nieto D. Benjamín Sánchez de Tagle: fué reproducido al óleo (copia que existe en el Monte de Piedad) y en litografía, en las *Obras poéticas* y en la *Historia de la poesía en México* de Pimentel, edición de 1885.

Hay, además, un retrato al óleo, hecho hacia 1840 por un hijo del poeta, Francisco Manuel: lo posee actualmente su nieto D. Ismael Sánchez de Tagle; dos miniaturas en marfil, al acuarela, y otro óleo, de cuerpo entero, en poder de D. Joaquín Adalid: del último se hizo una litografía que apareció en el *Album Mexicano*, 1849, con biografía, y otra para la obra *Los gobernantes de México*, de Manuel Ribera Cambas, tomo II, apéndice.

Un busto suyo se conserva en la Academia de Bellas Artes; otro se halla en la verja de la Biblioteca Nacional. El Estado de Michoacán le hizo erigir una estatua en bronce, obra del escultor Jesús Contreras, en el Paseo de la Reforma de esta capital.

P. H. U.

LA PRIVACION INUTIL.

¿Qué importa, Silvia, qué importa
que un tiránico precepto
me prive de hablarte y verte
y de tí me tenga lejos,
si el amor no reconoce
de algún mortal el imperio,
y la privación lo aumenta
cual la seca leña al fuego?
Podrán hacer que distante
viva de tí, y ya lo han hecho,
mas no que deje de amarte,
si no me arrancan primero
esta vida, que sin tí
me es odiosa y la aborrezco.
Sí, mi bien, que en lo más hondo
de mi cariñoso pecho,
con inmortales colores
amor, artífice diestro,
te ha pintado, tan al vivo,
que eres tú la que está adentro.
Allí te hablo, allí te miro,
allí contigo me quejo,
allí mis lágrimas tristes
con tu ardiente llanto mezclo,
allí á par nos exhortamos
á sufrir el hado adverso;
allí, en fin, al amor mismo
por fiel testigo trayendo,
eterna afición me juras,
y yo un inviolable afecto.

Esto, sí, impedir no pueden
 los que, aunque con sano intento,
 se oponen á nuestra dicha,
 que nos unamos prohibiendo.
 Digan, obren, amenacen;
 no me acobardo, no temo;
 dulces me son las desdichas
 si de tu amor estoy cierto.
 Es verdad que no mirarte
 me es, Silvia, martirio horrendo,
 y me tiene sumergido
 en amargo llanto y duelo:
 la noche me halla llorando,
 la aurora me ve gimiendo;
 ni la apacible sonrisa
 toma ya en mi labio asiento:
 que el Sol en su diario curso
 sólo oye de mí lamentos.
 Verdugo cruel, mi memoria
 me atormenta con recuerdos:
 mi garganta un nudo aprieta,
 y en deliquio mortal entro,
 repasando aquellas horas,
 horas ¡ay! que cual un sueño
 se han desvanecido, ó como
 humo que arrebata el viento;
 y los felices instantes
 en que á tu hombro, dulce dueño,
 reclinado, amor me hacía
 sabidor de sus misterios,
 y en que, absorto en Silvia todo,
 disfruté en dulce sosiego
 cuantos inocentes gozos
 dar sabe un amor honesto.
 ¡Ay de mí, triste! pasaron
 y veloces van huyendo;
 por más que los llamo, no oyen;

No tornan, mi bien, y aun creo
 que sólo porque los llamo
 aligeran más el vuelo.
 Sale la plateada Luna
 y á ella mis desgracias cuento,
 y le suplico que lleve
 mis ayes hasta tu lecho,
 y que sirva de testigo
 del llanto que por tí vierto.
 Ella su camino sigue
 y sorda siempre la encuentro:
 si mis ojos, de cansados,
 se entregan tal vez al sueño,
 apenas se cierran, cuando
 mil tristísimos espectros
 la fantasía me presenta.
 Turbado, al punto despierto;
 te llamo, y tú no me escuchas,
 y otra vez al dolor vuelvo.
 Cada día imagino que
 tener no puede ya aumento
 mi pena, y el día siguiente
 viene á mostrarme mi yerro.
 Esto sufro de tus ojos
 ausente, mi ídolo bello;
 más ¡qué! ¿tan penosa vida
 durará por largo tiempo?
 ¿siempre de bronce á mis quejas
 é inflexible será el Cielo?
 ¿no habrá para mí desdicha
 ni para mi mal remedio?
 No, mi Silvia, no lo temas,
 desecha tal pensamiento;
 nuestro amor siempre fué puro
 y muy casto nuestro afecto.
 Dios protege al inocente,
 y es padre amoroso y bueno.

Tendrán fin nuestras desgracias
y terminará el tormento;
y á la desecha borrasca
sigue siempre un día sereno:
mas entre tanto, bien mío,
suframos, y procuremos
vencer la adversa fortuna
con la paciencia y silencio.

SONETO XXXI

CONTRICION POETICA.

¡Oh lira, que hasta aquí locos amores
en tus vibrantes cuerdas suspiraste,
y dócil á mis voces me ayudaste
á comprar por un goce mil dolores!

Ya que hiciste armoniosos mis errores
y á mi locura seducción prestaste,
herida de otro plectro, dá, en contraste,
con acuerdo mejor, tonos mejores.

Llora de los pasados años míos
prolongada maldad, crímenes tantos,
y tan multiplicados desvaríos:

De amarga contrición rige los cantos
en que le pida, con acentos píos,
misericordia al Santo de los santos.

ODAS ANACREONTICAS.

X.

Ya viejo estás, Dalmiro,
me dicen las muchachas;
yo les respondo: Lindas,
las señas os engañan.
No veáis en mi cabeza
las mentirosas canas,
ni si en mi boca huesos
pocos ó muchos faltan.
Ved sólo que mi pecho
todo es fuego y se abrasa;
que vivaces mis ojos
despiden puras llamas;
que mis miembros se prestan
á hacer cuanto les mandan,
en las festivas bromas,
en las alegres danzas;
que nadie entre los mozos,
me excede, ni me iguala
de amor en la ternura,
viveza y dulces ansias.
Haced, si no, la prueba:
correspondedme gratas;
veréis con experiencia
que como yo nadie ama;
y que ninguno tiene
más juvenil el alma.

ODAS PINDARICAS.

I

El entusiasmo en una noche serena.

¿Qué ardor, qué ardor me inflama,
que hasta hora ignota llama
circula por mis venas
y un tardo respirar me deja apenas?
¿Qué soberana y sacra inteligencia
altera de esta suerte mi existencia?

En fuego aliento y vivo,
mas en fuego creativo,
que en formas diferentes
le presenta á mi espíritu los entes,
le infunde elevación sobre sí mismo,
semen fecundo de sublime heroísmo.

Él mi cuerpo ha deshecho;
de ese recinto estrecho
del espíritu mío,
donde yacía cautivo mi albedrío,
su mano bondadosa me ha librado
y los lazos de unión ha desatado.

Mi vista se mejora
y ¡cuán otros son hora
los seres á mis ojos!
Vi rosas, miro abrojos;
en sangre humea y en crímenes la tierra
y es podredumbre y males cuanto encierra.

Dejo tan triste suelo,
sublimo el raudo vuelo,
por otros orbes giro

y ¡qué de cosas tan distintas miro!
Salve, región de luz y país hermoso,
y salve tú, silencio misterioso.

Mil ardientes fanales,
en masa, desiguales,
pero á cual más hermoso,
van caminando á paso majestuoso,
por espacios hasta hora no medidos
y de mente humanal nunca entendidos.

Y siempre en movimiento
sin parar ni un momento,
al Sol hacen la corte
Mercurio, Venus, Júpiter, Mavorte,
Saturno con su anillo, y mil Estrellas,
y la Tierra también con todas ellas.

Súbditos que domina
y entre ellos él camina
cual hermoso gigante:
fuente perenne de la luz radiante.
¡Cómo, cómo el mortal que el crimen ama
no tiembla al ver su majestuosa llama!

¿Y cuáles son las basas
de tan inmensas masas?
¿Quién así las mantiene?
El Eter solamente las sostiene,
y en él cada Astro el curso sigue ledo
que le señala de su Autor el dedo.

Mas allá, mil fulgores
vibran Astros mayores,
y desde aquí se miran
otros Planetas que en su torno giran:
allí Sirio reluce, allá el Boyero;
de soles tantos ¿cuál será el primero?

¡De qué extraña manera
el pasmo se apodera
de mi todo; ni es mía
ni rijo yo mi frágil fantasía!

¡En qué profunda y silenciosa calma
se queda absorta y sumergida el alma!

Sacra deidad que has hecho
tu habitación mi pecho
y en él te eliges templo;
yo absorto y mudo tu poder contemplo,
y, de respeto y de terror transido,
tu majestad venero agradecido.

Mas, Dios grande y velado
que en tan feliz estado
me has puesto, dí, ¿quién eres?
¿qué pretendes de mí? ¿dime qué quieres?
Tu soberano fuego puede solo
tornarme de esa suerte, sacro Apolo.

¡Oh! salve tú mil veces
que así me favoreces
con tu augusta presencia;
jamás me niegues tu calor é influencia:
sea de mi alzado verso el ejercicio
loar la virtud y maldecir el vicio.

IV

Al Ilustrísimo Señor Don Fray Ramón Casaus.

*Por haber quemado parte de sus poetas
é intentar quemar las restantes.*

¡Ay de mí! Voraz fuego
de la cumbre del Pindo se apodera,
y con ímpetu ciego
en cenizas la torna toda entera.
Arde el sagrado asiento
de Apolo, y humo negro llena el viento.

De las hermanas nueve
el coro yace sumergido en duelo,
se anega en llanto, y mueve
á compasión la tierra y almo cielo;
y en la tiniebla obscura
oculta el numen delio su faz pura.

Decid, ¿qué mano impía,
sagradas hijas de la fiel memoria,
turbó la melodía
de nuestros himnos, y os robó la gloria?
¿Maldad tal en quién cupo?
¿Y quién la tea fatal empuñar supo?
¿Délíco Dios, ¿dormías?
¿Faltábante las flechas venenosas?
¿de Dafne en pos corrías,
diciéndole tus cuitas amorosas?
¿Cómo, dí, permitiste
incendio tal, ni el Pindo defendiste?

¡Ay! ¡ay! el más querido
de tus sacros alumnos lo ha abrasado,
la guerra te ha movido,
la llama á tus tesoros aplicado,
sin oír tu humilde ruego
¡Maldita llama, detestable fuego!

Casaus, Casaus, ¿qué has hecho?
¿Qué infernal furia dirigió tu mano?
¿Quién agitó tu pecho?
¿Quién te infundió designio tan insano?
Furia cruel, no vomites
llamas contra el lenguaje de los Dites.

¿Dar al fuego tus versos,
que néctares hibleos muy más suaves,
aun más que cristal tersos,
más sonoros que el trino de las aves,
las que de ti aprendían
los cantos con que á Febo recibían?

¿Los versos que escucharon

del Olimpo los sacros moradores,
absortos, y olvidaron
la ambrosía deliciosa y los amores,
y aun el canto sonoro
que Apolo principiaba en lira de oro?

¿Versos que adormecieran
al Cerbero, y al reino de la vida
segunda vez volvieran
del Cantor Tracio á la beldad querida,
que si en Tebas sonaran
segunda vez á Tebas fabricaran?

¿Versos cuya dulzura
del Ibero las glorias formó un día,
que la raza futura
llena de admiración repetiría,
en mármoles grabara
y en láminas de bronce conservara?

¿Versos ¡ay! semejantes
triste pábulo son de llama ardiente
de fulgores vibrantes,
y en cenizas se tornan finalmente?
Cuando el fuego aplicaste
Casaus, vate divino, ¿en qué pensaste?

¡Ah, llama! deja, deja
de proseguir la empresa que acometes;
oye el ruego y la queja
del humano linaje: que respetes
mi voz conseguir pueda
de ese tesoro sacro lo que aun queda.

XIII

AL CUMPLEAÑOS DE SILVIA.

Une graciosamente las doradas
madejas de tu pelo;
déjanos ver las prendas acabadas
que en dón te diera el cielo.

No en lágrimas bañada, cual un día,
nos muestres tu faz bella:
olvida, Silvia, olvida, Silvia mía,
el ceño de tu estrella.

Rebose en gozo tu inocente pecho,
más blanco que la nieve,
que los reyes de Febo no han deshecho
ni líquida se mueve.

El rubio padre de la lumbre pura
cubre hoy con crines de oro
su espalda sacrosanta, y la dulzura
de su castalio coro.

Excita así, tañendo la divina
lira de cuerdas suaves;
y su voz resonando peregrina
te canta en tonos graves.

Dice cómo de nueva luz circuido
en tu primera aurora
al clima se mostró, que envanecido
tal prenda en tí atesora.

Él cuenta que las Diosas inmortales
te ornaban á porfía
con las dotes y prendas celestiales,
suyas, de más valía.

A los pechos de Venus educada
en su sagrada estancia,
de arrullos de sus aves regalada,

pinta el numen tu infancia.

Cuenta cómo creciendo, cual la palma
de un arroyo á la orilla,
gozando siempre de apacible calma,
fué tu beldad sencilla.

Afina más el Dios el instrumento,
y alaba, de una en una,
las prendas relevantes que sin cuento
en tí natura aduna.

Ni omite tus conquistas y despojos:
él vé de mil el lloro.

¡Cuántos ayes, causados por tus ojos,
resuena el laúd sonoro!

¡Ah! vive, vive (Apolo terminaba),
de Anáhuac pura gloria,
ni el tiempo raudo por quien todo acaba
destruya tu memoria;

Que descuelle entre todas tu hermosura,
como el ciprés erguido
aventaja de un bosque en la espesura
al árbol más subido:

Vuele siempre sonrisa placentera
en torno de tu labio;
y el pesar congojoso jamás quiera
causarte leve agravio:

Torne la esfera, en su eje sustentada,
y tráigase el momento
que tu alma pura dejará abastada
de plácido contento;

Cuando por premio de su fe constante,
un yugo duradero
te una con Palemón, tu tierno amante,
tu adorador sincero.

Cesó de su cantar el Dios contento;
de más luz ornó el día:
todo te alaba, y Palemón, atento,
á todos excedía.

ELEGIAS.

I.

A la muerte del Sr. Senador D. José Agustín Paz.

Integer vitae, scelerisque purus.

HORACIO.

¡Con que ya para siempre nos separa
el golpe fiero de alevosa muerte,
que supo herirte sin mostrar la cara!

¡Con que de hoy más no he de volver á verte,
mi dulce amigo, siempre compañero
en venturosa y desgraciada suerte!

¡Oh decreto fatal! ¡oh golpe fiero,
irremediable mal, nunca temido,
y caso para todos lastimero!

¡Ah! ¿para qué le habréis sobrevivido,
y redoblando el mal que el alma lleva,
os presentáis do quier á mi sentido,
memorias tristes, de su afecto prueba?
No sois para acabarme necesarias;
mi dolor sin vosotras se renueva.

Grata arboleda, que por veces varias
frescor al que ya no es y sombra diste,
y las pláticas suaves y plegarias,
dirigidas al cielo, nos oíste,
por el bien de una patria idolatrada,
tú me acompaña en mi gemido triste
y al derramar el alma desolada.

¡Ah! deja, deja ese verdor hojoso,
que resguarda la fruta sazónada,
volar al soplo de Aquilón furioso.